

Asensio Sáez:

«Nunca he dejado de ser pregonero de La Unión y sus cantes»



Asensio Sáez con Inma Martín.

DECIR Asensio Sáez es decir La Unión, o a la inversa. El, que ya fue distinguido con el «carburo de oro», la máxima distinción del Festival, va a pregonar las excelencias de este certamen del que tiene mucho que decir, por ser uno de sus «creadores».

—Conociendo la trayectoria que desde siempre te viene vinculando al Festival, ¿puede decirse que esa ligazón alcanza su culminación precisamente con el nombramiento de pregonero?

—Creo que cuando el amor anda por medio nunca se puede cerrar ningún ciclo, que siempre quedará abierto a nuevos logros. Tú sabes que hubo un tiempo en que, por amor a La Unión, trabajé de firme a favor del Festival, sin proponerme metas personales. En realidad, he continuado trabajando siempre en la parte artística, sin dejar un solo año, conjuntamente con el llamado «colectivo de pintores del Festival». La verdad es que, aparte del evidente honor que me supone el hecho de ser pregonero oficial, al repasar mis libros y escritos de temas unio-

nenses, a mí me parece que, de alguna manera, nunca he dejado uno de ser pregonero de La Unión, que es tanto como decir de su cante, porque decir La Unión es decir cante y al revés.

—¿Crees que el Festival ha alcanzado aquellos propósitos que lo llevaron a ver la luz un día?

—Mira, yo cierro los ojos y me veo plantado en un tiempo, ya lejano, en el que la primera versión del Festival no se había celebrado aún. Me vienen entonces a la memoria los consejos de Pepe Marchena y Juanito Valdeerrama. Cierro los ojos, digo, y me veo inmerso en una tarea que para muchos era una batalla perdida antes de empezar. Ten en cuenta que La Unión, por muchas y muy dolorosas circunstancias que ahora no vienen al caso, había dejado perder lamentablemente sus cantes, de tanta alcurnia jonda en otro tiempo.

Entonces, repito, me veo durante los primeros años del Festival, en el despacho del alcalde Esteban Bernal, que tanto amor al cante vino a demos-

trar, conectando ambos con muchos teléfonos, escribiendo montañas de cartas, llamando a muchas puertas, recorriendo muchos caminos jondos del brazo de Antonio Piñana, que desde nuestra emisora local desarrolló una importantísima labor de difusión de nuestros cantes...

Se hizo entonces el milagro de que un Festival al que, pese a su éxito, podía correr el riesgo de quedarse en un simpático festejo de pueblo, entrase sin embargo por la puerta grande de lo que entonces se consideraba, con entera justicia, hay que decirlo, meta de toda labor artística que se preciase: los llamados «Festivales de España». Bajo su bandera, el eco de nuestro Festival del Cante de las Minas alcanzó hasta el último rincón de España y puedo decirte que hasta fuera de España.

Hoy, el Festival, que continúa, por supuesto, en muy buenas manos, además de colocar nuestros cantes, tan hermosos y dramáticos, en el lugar que le corresponde dentro de la historia jonda, le siguen abriendo a La Unión todos los caminos del prestigio.